

LA TRISTEZA DE ENFREN-
TARSE AL PASADO

(PREMIADO EN EL CERTAMEN
CUENTOS CONTRA EL BULLYING,
EDICIÓN MÁLAGA)

El día que terminé el instituto no miré atrás, muchos se despedían y abrazaban en la puerta, pero yo tan solo huía. Aunque lo hubiera querido no tenía a quien abrazar. Todavía esa última mañana sentí un empujón que me hizo caer de bruces en la acera.

—Imbécil, inútil —me gritaron riéndose.

Yo me levanté lo más rápido que pude y corrí hacia el portal de mi casa. Encendí el ordenador, ya habían subido el vídeo de ese maldito empujón a internet. Como si hubiera sido un preso fugado o un desertor borré todas mis cuentas de las redes sociales, cambié mi correo electrónico, número de móvil e intenté desaparecer por completo. Intenté arrumbar en un viejo cajón de mi memoria cada humillación, cada insulto, cada día en compañía únicamente del desprecio y de la soledad.

Durante un tiempo quedé sin amigos, nadie me enviaba mensajes para quedar conmigo, pero al menos dejé de recibir insultos. La verdad que después de cinco años aquello ya no me importa, hoy mi móvil no deja de sonar y tengo con quien divertirme una noche de fiesta. Aunque constantemente me pregunto si es necesario que muchos niños

y adolescentes pasemos por ese horror para conseguir lo que los demás tienen sin el mínimo esfuerzo.

Desde ese día, que dejé mi etapa escolar a un lado, ya nunca volví a mirar al interior de un patio de colegio. Tenía hasta hace unos días una fobia difícil de explicar, un miedo a revivir mi cruel historia, no quería enfrentarme al pasado por temor a que la historia se repitiera, era como si el hecho de mirar o entrar en un colegio me convirtiera en un ser insignificante que perdía toda fuerza y valor.

Pero por casualidad las oficinas en las que he empezado a trabajar están junto a un instituto. No quería mirar por la ventana pero la curiosidad o la incertidumbre me hicieron hacerlo. Y en ese instante lo vi. Vi a Carlos y me vi a mí mismo.

Solo ante la adversidad lo golpeaban contra la pared, mientras que el resto se reía y él marchaba huido a algún rincón donde desaparecer. A su alrededor nadie se sentaba y cuando se acercaban tan solo lo hacían para humillarlo.

Así que enfrentándome al pasado, aunque sea triste, he conseguido superar mi fobia. He esperado a ese chico, que ahora sé que se llama Carlos, en la

puerta del instituto y delante de todos, mientras lo insultaban de nuevo, le he lanzado mi balón de baloncesto que tanto tiempo llevaba sin usar.

—¿Quién es ese? —han preguntado.

—Su amigo —les he respondido.

La única forma de luchar contra esta lacra es que todos los que la hemos padecido no olvidemos, sino que lo superemos. Y así, con nuestra triste historia, servir de ejemplo a niños acosados, que no merecen ser juzgados, y sobre todo agitar el corazón de los que por miedo callan los viles actos de los acosadores.